

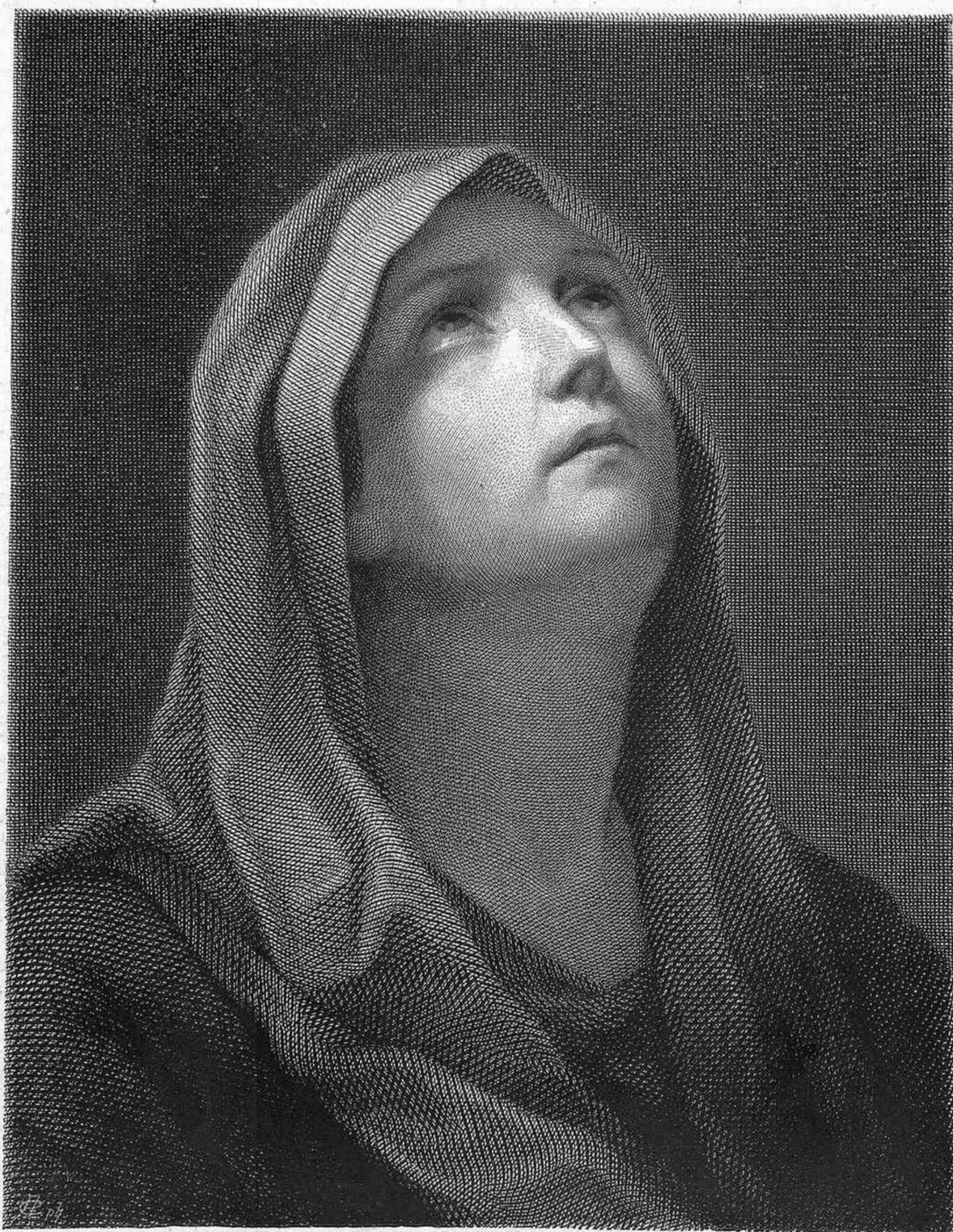


AÑO III

← BARCELONA 7 DE ABRIL DE 1884 →

NÚM. 119

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA DOLOROSA, cuadro por Guido Reni

SUMARIO

REGRESO DEL CALVARIO: SOLEDAD DE MARÍA, por D. Vicente de la Fuente.—NUESTROS GRABADOS.—JERUSALEN, por D. E. de Lustonó.—EL POZO DE LOS LAMENTOS, por D. Enrique Pérez Escribá.—LA CAVERNA DE LA MUERTE (*conclusion*), por D. F. Moreno Godino.

GRABADOS: LA DOLOROSA, por Guido Reni.—EL MORIBUNDO, grupo escultórico por Enrique Butti.—MATER DOLOROSA, cuadro por Carlos Verlat.—LA MATERNIDAD, dibujo por P. P. Rubens. JESUCRISTO, escultura por Francisco Rude.—EL DOMINGO DE RAMOS, fresco por Flandrin.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: EL TRIUNFO DE LA AURORA.

REGRESO DEL CALVARIO

SOLEDAD DE MARÍA

Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor.

De Jeremías son estas palabras con que personifica á Jerusalen arruinada, pero la Iglesia las aplica oportunísimamente á la Virgen María, y á su dolor en el Calvario al desprenderse del cadáver de su Hijo, que lleva á enterrar la piadosa comitiva á un sepulcro nuevo abierto en la roca y en un huerto inmediato.

María se deja arrancar de las inmediaciones del sepulcro y baja del Calvario. Entónces parece que es el momento en que su pecho dolorido expresa más bien con su continente que no con palabras, que apenas podría articular, esas doloridas frases: —«¡Oh vosotros, los que pasáis por este camino y calle de la Amargura, reparad y mirad si hay un dolor que pueda equipararse con el mio!» Y estas palabras doloridas pasan de generacion en generacion, de gente en gente á todos los hombre afligidos, á todas las madres desesperadas por la pérdida de sus hijos, pues ¿qué madre tuvo un hijo más bello, más santo, más digno de ser querido que María? Y ¿qué madre vió morir á su hijo, más desastrosa, más inicuá, más inhumanamente? Creo que el mayor dolor que puede haber en el mundo es el de una madre que ve morir de hambre á su hijo único: pero entre este suplicio de la naturaleza, y el otro de ver morir á su hijo único en un patíbulo por una traicion infame y una injusticia horrible, el del hambre es mucho menor. María, pues, al bajar del Calvario dice á todas las madres cristianas, que lloran justamente la pérdida de sus hijos queridos: —¡Vosotras, pobrecitas, que bajáis conmigo de vuestro Calvario dejando enterrados á vuestros hijos, comparaos conmigo y ved si vuestro dolor justo, natural y desmedido, puede igualar al dolor mio!

Pero María no habla: su dolor se reconcentra en su pecho como en un vaso cerrado: el dolor grande es sombrío y taciturno: dichoso el que logra que su pesar se evapore en gemidos. Con pasos vacilantes sigue á la comitiva, que respeta ese dolor inmenso. ¿Acaso sabe ella lo que le pasa? ¿Acaso sabe por dónde va ni adónde va? Ya no tiene ni aun el triste placer ni el consuelo ¡palabras horribles en este caso! de abrazar el cadáver de su Hijo, besar su rostro lívido, limpiar con esmero y con cariño la sangre coagulada en su cara, meter su rostro entre las espinas de su burlesca corona y herirse con ellas, complaciéndose en que maltraten su rostro los abrojos que maltrataron el de su Hijo. Ni aun le es dado estacionarse cerca del cuerpo de su Hijo y guardar su sepulcro como la desdichada Resfa los cadáveres de sus hijos. Consigo lleva el paño blanco con que limpió el rostro ensangrentado de Jesus: lleva tambien la corona de espinas y los clavos, trofeos de aquella derrota, que es la mayor victoria de Dios, siquiera sea dolorosa para quien recoge esas reliquias.

María no podía menos de conservar esos tristes recuerdos, y así se explica el que se hayan salvado y llegado hasta nosotros, santificados con el contacto del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, dignos por tanto del culto de latría que les da la Iglesia. No se concibe que San Juan, la Magdalena, la misma Virgen en el abismo de su dolor, dejasen de recoger aquellos objetos funestos, pero ya adorables, que algun día habian de colocar los Césares sobre sus coronas imperiales. ¡Quién no ha visto el esmero con que las familias honradas recogen y conservan los objetos que pertenecieron á sus difuntos queridos, por lúgubres y dolorosos que sean los recuerdos que evocan! Una madre que ha perdido á su hijo honrado, gallardo y valeroso, víctima de una bala homicida, recoge el mortífero plomo y lo conserva con esmero de paso que lo maldice. Pero María en su resignacion admirable y sobrehumana no sabía más que bendecir, ni podía maldecir aquellos objetos cruentos, dignos ya de veneracion profunda.

Bajado el Calvario, la comitiva fúnebre entra silenciosa por la puerta Judiciaria y atraviesa la de la Amargura, sombría entónces con la escasa luz del crepúsculo, que ha reemplazado al eclipse so-

brenatural y milagroso. Cruza las calles menos transitadas para llegar al cenáculo. Jerusalen presenta en aquellos momentos un aspecto extrañamente sombrío en medio de la solemnidad de la Pascua. A la embriaguez, al paroxismo de la rabia y la venganza han sucedido el susto, el pavor y los remordimientos. ¡Triste es aquella Pascua! La venganza satisfecha engendra el recelo, y la alegría esperada no aparece. Corren noticias pavorosas y siniestras entre los grupos de holgazanes y curiosos, amigos de propalar novedades. El velo del templo se ha rasgado: varios profetas han salido de los sepulcros durante el terremoto, y sus cuerpos macilentos, no como espectros, sino como realidades palpables, se han aparecido á varios israelitas piadosos, revelándoles misterios terribles, castigos providenciales, la ruina de Jerusalen, la dispersion, el degüello, la esclavitud social, la terminacion del culto, y todo en castigo del asesinato del Justo, del Santo, muerto á su vista en aquella tarde, por quien el sol ha vestido luto, al paso que más allá de las regiones solares y en el cielo que no se ve, detrás de lo que llamamos *cielos*, se han hecho grandes regocijos, entrando el Justo en las mansiones de la gloria, rodeado de las almas de los patriarcas y de los santos y hombres de bien, que esperaban su venida desde los tiempos de Abraham. Y estos justos y profetas aparecidos á varios israelitas fieles, cuyas manos, acostumbradas al bien y al trabajo, no se hallan manchadas con la Sangre del Nazareno, rebotaban en júbilo por lo que tocaba á ellos, al paso que su indignacion estallaba en imprecaciones y amenazas por el crimen nefando, por el sacrilego asesinato cometido en aquel día.

Pero estas noticias que corren por Jerusalen, que llegan á oídos de los sacerdotes envidiosos, y del mismo pretor romano, poco caviloso por un asesinato jurídico de más ó de menos, no llegan á los oídos de la Madre Santa, que acaba de perder á su Hijo, y que en su dolor profundo sólo busca el retiro, en su modesto aposento la soledad, la oscuridad, y dentro de esta soledad sombría se reconcentra en la soledad de su corazon, soledad aún más lóbrega y vacía. Los consuelos la desconsuelan: agradece los conatos de mitigar su dolor, pero no los acepta. Aunque los aceptara ¿de qué le servirían?

¡Oh cuánto diera Ella por estar ahora sola enteramente en su pequeña casita de Nazareth, cerrada la puerta, junto al pobre hogar, donde ya ni aun la ceniza tiene calor ni la lámpara luz! Allí recordaría en medio de la oscuridad los favores del cielo, la aparicion del Angel, la vida laboriosa y resignada compartida con el Hijo y el Esposo, los coloquios con los espíritus celestiales, el júbilo santo al ver á Jesus volver del desierto y de sus excursiones evangélicas, mudar sus ropas y renovar su calzado, y escuchar de labios de los discípulos la narracion sencilla y entusiasta de sus portentos y milagros. Todo se acabó menos el dolor. Acabó el tormento del Hijo, pero no el de la Madre.

El sol brilla de nuevo sobre Jerusalen: en el corazon de María sigue la noche y sigue en su aposento. Las trompetas del templo anuncian la solemnidad del sábado. Las preces de María y sus dolorosos suspiros ya no van allá. Esa religion acabó con el Deicidio. Si antes era mortal, ahora ya es muerta y en breve será mortífera. El templo de María está en el Calvario: allí van sus preces desde el rincón de su pobre aposento, allá sus afectos, allá los suspiros. Corred, corred al templo de Salomon, restaurado por Zorobabel, ampliado y decorado por Herodes el Grande, corred á postraros ante Dios los que ayer asesinasteis al Hombre-Dios; sacrificad animales y haced correr la sangre de los toros los que ayer hicisteis correr la sangre del Justo. Los soldados romanos están afilando sus espadas para hacer correr la vuestra en ese mismo recinto, y despues de degollarlos al pié de ese altar, caerán sobre vosotros los muros del templo y quedareis sepultados y calcinados bajo sus escombros ardientes.

Y un día frente á ese templo, barrido de la superficie de la tierra al soplo de la indignacion divina, que disparará sus cenizas mezcladas con las del polvo de vuestros cuerpos, en ese monte frontero se alzaré otro templo, á donde vendrán á postrarse de todos los confines de la tierra los discípulos de ese galileo que habeis crucificado, de cuyo sepulcro salen misteriosos resplandores, que revelan su gloria venidera y la gloria sempiterna del que momentáneamente yace en él. Predicho está que ha de ser glorioso su sepulcro.

Decidle al Pretor romano que ese Nazareno que habeis muerto hoy entre él y vosotros, es posible que resucite, ó que digan sus discípulos que ha resucitado. Poned allí guardia, no de soldados romanos, que no se prestan para ese servicio, sino de la cohorte de esbirros que os sirve para vuestras mal-

dades. Vuestra conciencia os dice que va á resucitar en breve, y durante el reposo del sábado no reposará vuestra conciencia ni cesarán vuestros remordimientos.

VICENTE DE LA FUENTE

NUESTROS GRABADOS

LA DOLOROSA, por Guido Reni

Contemplando *la Perla* en el museo de Madrid, se ve á la Virgen María en el interior de la familia; contemplando *la Concepcion* en el museo de París, se la ve en la plenitud de su gloria; contemplando *la Dolorosa* en el museo de Berlin, se la ve en el colmo de su pena. Las Vírgenes de Rafael respiran felicidad, las de Murillo éxtasis, la de Reni el dolor de los dolores.

Jamás artista alguno ha superado al pintor boloñés en la reunion de los dos sentimientos que constituyen la esencia de la vida de María. La *Dolorosa* de Reni parece concebida y ejecutada por un hombre superior á los demás hombres en el arte de comprender y expresar la angustia de la madre y la resignacion de la santa.

EL MORIBUNDO, grupo escultórico por Enrique Butti

Pocas obras de arte, de las últimamente expuestas en Milan, ha causado impresion tan profunda como el *moribundo* de Butti. Hay en esa figura un realismo tan real que, á su vista, ha dicho un excelente crítico:—Hé aquí un cuadro de Ribera convertido en escultura.

No importa que la muerte venga por el medio más aceptable que pueda concebirse, como lo es el de los años; no importa que el moribundo se incline penosamente sobre el Crucifijo para sellar con un ósculo supremo la alianza entre el redimido y el Redentor.... Al fin y al cabo se trata de la muerte, y la muerte reproducida con una verdad tan prosaica, digámoslo así, como la empleada por Butti en la ejecucion de esa obra maestra de natural, no puede sino afectar triste y repulsivamente al espectador. Ese cuerpo, esqueleto prematuro; ese pecho oprimido del cual está escapándose el último aliento; esa mano derecha que busca la tierra como para aferrarse á ella con la tenacidad del instinto de conservacion; esa sábana que pronto será mortaja y esa cabeza en que se ve anticipadamente la ya casi amarillenta calavera; detalles son que honran al artista; pero en los cuales no puede fijarse la vista por mucho tiempo.

Un trabajo de esta naturaleza ha de pasar forzosamente desde la exposicion al cementerio.

MATER DOLOROSA, cuadro por Carlos Verlat

El asunto dista mucho de ser nuevo. Por lo mismo que, aun aparte el sentimiento religioso, es difícil concebir situacion más interesante y dramática, son en gran número los artistas que han medido sus fuerzas en este empeño. Mas como en la manera de sentir y expresar la muerte de lo inmortal y el dolor de la divinidad, es imposible prescindir del doble carácter de tales protagonistas, de aquí que solamente un Rafael, un Velazquez, un Guido Reni, hayan estado, cuanto cabe estarlo en lo humano, á la altura del Redentor en su pasion ó de la Virgen asistiendo á ella.

Verlat ha abordado la empresa y, dicho sea en honor suyo, ha salido con honra. Hay en el Cristo yacente de ese cuadro una majestad, una dulzura, que imprimen á las huellas del sufrimiento un tinte verdaderamente sobrenatural. En cuanto á la *Madre Dolorosa*, no sólo se halla en una actitud felizmente encontrada, sino que se ha conciliado en su semblante el dolor de los dolores y la resignacion dulce, tranquila, de la que apuró el cáliz inclinándose ante la voluntad de Dios.

El efecto que causa este cuadro es verdaderamente místico, sin que su autor haya tenido que apelar para ello á los recursos del bermellon y del ocre que convierten muchas veces al Hijo y á la Madre en dos seres tan materiales que, casi casi, infunden más repugnancia que adoracion.

LA MATERNIDAD, dibujo por P. P. Rubens

La primera intencion de un artista en determinado asunto, es por lo comun la obra en que más francamente se revela la fuerza de su genio y la facilidad de su ejecucion. Al ser reproducido un apunte sobre el lienzo, gana ciertamente en correccion y en grandiosidad de efecto; mas no por esto la primitiva idea vale menos á los ojos de quien puede juzgar de una piedra preciosa antes de pulirla.

Así, en el dibujo de Rubens que hoy publicamos, se echa de ver á primera vista la grandeza de la concepcion, la firmeza del contorno, la elegancia de la forma, cuantas condiciones, en una palabra, avaloran las obras del fecundo maestro de la escuela flamenca.

JESUCRISTO, escultura por Francisco Rude

Una vez más el cincel de un grande artista ha acometido el imposible de arrancar al mármol el secreto de una imagen del Redentor en la cruz. El museo del Louvre posee la obra de arte que reproduce nuestro grabado y en la cual su autor ha ido tan allá como es dable en la manifestacion escultórica del Mártir de los mártires.

El Jesucristo de Rude no está inspirado, ciertamente, en el de Velazquez, que es, á nuestro parecer, lo que pudiéramos llamar última palabra del problema; la diferencia capital dependa, tal vez, del momento escogido por

cada uno de esos autores. El pintor español ha estudiado al Dios después del sublime *Consummatum est*; el escultor francés parece colocar en los entreabiertos labios del Crucificado la dulcísima frase:—Discípulo, hé aquí á tu madre...

Fijémosnos en este instante supremo, contemplemos la obra de Rude, y de seguro adoraremos al Dios que de tal suerte inspira á sus criaturas.

EL DOMINGO DE RAMOS, fresco por Flandrin

Treinta y tres años después de haber cantado los ángeles, junto á una humilde cuna: *¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!* el pueblo de Jerusalen recibía en triunfo á Jesús y sembrando de flores su camino, exclamaba: *¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bien llegado sea el que viene en nombre de Dios!*

El triunfador no venía al frente de aguerridos ejércitos, sino de unos pocos hombres rudos y pacíficos; no se ostentaba sobre el carro de marfil y oro, sino que venía montado en una mansa pollina; no hacia ostentación de esclavos encadenados, antes predicaba la libertad de todos los oprimidos, empezando por la mujer; no irradiaba en su mirada el orgullo insultante del triunfador, antes bien de sus hermosos ojos brotaban silenciosas lágrimas al considerar la inevitable ruina de Jerusalen.

Flandrin, el primer artista místico de Francia, el más insigne profesor de pintura mural de esa nación, ha ejecutado la *Entrada triunfal de Jesús* en uno de los lienzos de pared de la iglesia de San German de los Prados en París. Nuestro grabado es una verdadera obra de arte que da una perfecta idea del original. A su simple vista se echa de ver que el misticismo artístico del siglo XIX, tan ideal, más ideal sin duda, que el de los siglos XV y XVI, es capaz de producir, en lienzos y muros, tipos y escenas que únicamente en sus éxtasis ascéticos concibió el sublime precursor llamado Fra Angélico.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

EL TRIUNFO DE LA AURORA.

Aun cuando la alegoría representada en este soberbio grabado ha sido ya tratada por otros artistas, así antiguos como modernos, no cabe dudar que el autor de este lienzo ha competido en acierto con los más celebrados. No juzgamos necesario hacer la descripción de esta alegoría mitológica, que la gran mayoría de nuestros lectores comprenderá con sólo contemplar el grabado: sólo si haremos observar que el pintor ha debido inspirarse al emprender este trabajo en las obras análogas de los artistas italianos y españoles de los siglos XVII y XVIII, imitando con feliz resultado el estilo de los frescos que adornan varios de los palacios y monumentos de España é Italia.

JERUSALEN

Con mano trémula tomamos la pluma para tratar de esa joya de Oriente, que encierra en su concha la perla más estimable del universo.

Hoy que el hombre se concentra en sí mismo; hoy que todo cristiano se postra ante Dios, admirando su abnegación por redimirnos del pecado; hoy que se escucha en los templos la palabra de los sacerdotes, que explican los misterios de su pasión y su muerte; hoy que el pensamiento y el alma se trasladan instintivamente á aquellos tiempos y á aquellos lugares en que se consumó el divino misterio de la Redención del género humano; hoy, decimos, debemos retroceder con el recuerdo diez y nueve siglos, y visitar el sitio que fué teatro de acontecimiento tan sublime. No hay para qué decir que ese sitio es Jerusalen, la tierra llamada Santa, el lugar bendecido, lleno de piadosas memorias, hermoso con la sombra de los patriarcas, visitado por los profetas; teatro en donde se celebró ese poema divino que se llama Biblia, honrado con la presencia del mismo Dios.

Jerusalen, esa ciudad de sacrosantos recuerdos, debe su fundación al rey pontífice Melchisedech. Edificada sobre la pendiente occidental de un plano inclinado, cubierto de olivos, que corona las montañas de Judea; rodeada de espesas murallas, construidas hoy con las piedras que formaban el templo de Salomon; flanqueada de almenadas torres, que se alzan de cien en cien pasos, con sus piscinas y abovedadas puertas, con sus vistosos y variados minaretes, que se confunden con el cielo, parece, como dice un poeta, la esplendorosa aparición de la estatua de Jehová. Sin río que bañe sus murallas, sin valle alguno que le ofrezca la riqueza de su cultivo, conduciendo al viajero por estrechos senderos abiertos en las rocas, por uno de los costados de sus inaccesibles montañas el aspecto de Jerusalen es como el de casi todas las ciudades de Oriente: de lejos atrae con un encanto engañoso, de cerca desaparece como desaparece la juventud para dar paso á la edad viril, y esta á la ancianidad.

Jerusalen, esa ciudad que experimentó muchas veces la cólera de los merodeadores del mundo; Jerusalen, que vió al bárbaro Adriano, no contento con profanar todo lo santo que encerraba, celebrar ferias, vendiendo en almoneda pública y cambiando por caballos los individuos de su pueblo; Jerusalen, la rica joya que conquistó David para colocar la silla de su reducido imperio; Jerusalen, la que vió en su seno el templo que hizo construir Salomon, conteniendo la majestuosa unidad de Jehová; Jerusalen, conquistada y reconquistada en diferentes ocasiones por

los reyes de Persia y de Egipto; Jerusalen, la que presenció muchas veces las desdichas de sus habitantes, conducidos á la esclavitud; Jerusalen, la que asistió á la demolición de su templo; Jerusalen, la que constituía sólo el vestíbulo del Santo Sepulcro, es hoy día la imagen de una tristísima tumba.

Sus calles vacías, sus puertas abiertas, sus caminos desiertos, nos muestran lo que va de ayer á hoy, al mismo tiempo que lo ideal de lo pasado.

Jerusalen es inmortal por sus tradiciones y por su historia. Ya se vuelva la vista á su pasado, ya á su presente, siempre encontraremos á la Jerusalen primitiva, á la que se dió el nombre de Ciudad Santa. Podrán variar las épocas, las generaciones, todo, en fin; pero su nombre siempre resonará, no como un nombre vulgar, sino con el respeto y la consideración que se merece, y es porque Jerusalen es la patria común de todos los cristianos, es el trono, el asiento y pedestal de la religión.

La mayor parte de la vida de nuestro Redentor pasó bajo su cielo. Sus calles y plazas escucharon más de una vez su voz, dirigiéndose al pueblo, que le atendía lleno de respeto y sumisión; pueblo que salió á recibirle á sus puertas cubriendo su camino con palmas y ramas de árboles, y aun con sus mismos vestidos, de que se despojaban por alforbrar en su marcha al que más tarde debía morir crucificado.

Jerusalen desde aquellos tiempos ha visto llegar á sus puertas innumerables peregrinos que vienen á besar la roca sagrada, emblema de nuestra fe. Hoy día no es ya la ciudad de los tiempos de Constantino y Adriano, no es la que ayer se alzaba altiva en medio del desierto; es la ciudad que, aunque pálida sombra de lo que fué, conserva en cada montón de ruinas una epopeya de grandeza.

Jerusalen interiormente es triste y sombría. Chateaubriand la describe admirablemente, con toda la melancolía y solemnidad de su ingenio: sólo él ha encontrado, después de los profetas, palabras para expresar suficientemente la desolación de estos lugares. Su población indígena y compuesta de judíos, árabes, turcos y egipcios, es pobre é inactiva; todo contribuye en esta ciudad á representar la imagen de la muerte.

El cristianismo conquistó á Jerusalen, pero no pudo conservarla. Los reyes que sucedieron á Godofredo de Bouillon tan sólo poseyeron sus ruinas por espacio de noventa y nueve años. Saladino, rey de Persia, de Siria y Egipto, los expulsó en 1187, y desde esta época triunfó el islamismo en el seno de la cuna de la cristiandad; mas penetrado de la santidad de su moral evangélica, no profanó el sepulcro del que es considerado por los turcos como un gran profeta y enviado de Dios.

El Santo Sepulcro se compone de una pequeña cúpula, cerrada dentro de otra mayor, y en la que se muestra un fragmento de roca cubierto de láminas de mármol blanco, que ofrece á la veneración del viajero el verdadero lugar del sepulcro.

Procesiones de peregrinos llegan de todas las extremidades del mundo para besarle como un testimonio de veneración.

Jerusalen es tan grave como los pensamientos que inspiran sus monumentos. Todo en esta ciudad convida á la meditación; desde la cúspide de la ciudadela de Sion, donde se halla la tumba del rey y poeta David, hasta el escabroso valle de Josafat; desde las aguas de la fuente de Siloé, que baña sus pies, hasta el espacio que guardan entre sí los elevados y cónicos picos de las montañas de San Sabas y Jericó.

Todo en esta ciudad, como en sus calles, tiene un verdadero sello de grandeza. Todo lo que constituye su paisaje es tristísimo; nada tiene de ameno y variado; nada que distraiga á los que cruzan por sus montañas, donde no se escucha ni aun el rumor que producen sus pasos en la arena, y donde no se ve ni la más ligera nube que empañe el cristal de su encendido cielo.

Hé aquí por qué Jerusalen, sin un leve soplo de viento que distraiga la imaginación del viajero, deja suspensa su alma, inclinándola al recogimiento. Al contemplar sus desmantelados edificios estas ideas aumentan su deserción, viéndose más de una vez precisado á arrodillarse, clavando su frente en la tierra para bendecir al Dios hecho hombre y para orar pidiendo el perdón de sus culpas.

En medio de todo esto un pensamiento de desesperación cruza por la mente del viajero. Jerusalen, como ya hemos dicho antes, se encuentra en poder de los enemigos de nuestra religión.

Jerusalen no sólo alberga en su seno los restos de la raza judía y musulmana, sino también á un gran número de coptos, griegos, armenios y católicos, que prefieren abandonar su suelo por otro, ni tan feraz ni tan pintoresco, en cambio de orar constantemente sobre el sepulcro, que es el sagrado depósito de su fe.

Esta es Jerusalen; esta es la ciudad cuyo nombre pronuncian todas las generaciones; esta es la ciudad que inspiró al Taso su gran poema; esta es la ciudad del mundo, pues que no hemos conocido otra más santa, más poética ni más grande.

Hoy al pronunciar su nombre nuestro pecho palpita, y nuestros labios pronuncian una oración en loor de su recuerdo.

¡Dichosos nosotros si, como el errante judío, podemos llegar un día hasta sus muros para depositar en ellos nuestro último suspiro y morir contentos con la idea de que cubrirá nuestros huesos la tierra de Abraham!

E. DE LUSTONÓ

EL POZO DE LOS LAMENTOS

Cuento fantástico

CAPÍTULO PRIMERO

El perro Satanás

Voy á contaros la historia de Mosen Garceran, hidalgo aragonés, que en los ratos de ocio, se entretenía en reirse de Dios y del diablo.

Debo advertiros, á fuer de hombre honrado, que no me atrevería á jurar con la mano derecha sobre los Evangelios y la izquierda en el corazón, que sea verdad todo lo que se dice, y como ciertas dudas se albergan en mi conciencia, amplió el título con la denominación de *Cuento fantástico*, lo cual será una garantía para que mis lectores se den por satisfechos y crean á puño cerrado todo lo que le sucedió al hidalgo aragonés, héroe de esta narración.

Entremos en materia. Mosen Garceran era panteísta sin saberlo; consideraba á Dios como alma del mundo y al mundo como cuerpo de su divinidad; no iba nunca á misa, jamás cumplía con los preceptos de la Santa Madre Iglesia, y en la plaza del pueblo, hablaba á voz en grito, con poco respeto de las cosas sagradas, tratando á los curas de gandules y explotadores de la crédula ignorancia de sus feligreses.

Todas las religiones eran, para nuestro hidalgo, una farsa productiva, pero como Mosen Garceran tenía puños de Hércules, corazón atrevido y voluntad *madrugadora* para las pendencias, nadie se atrevía á llevarle la contra en la aldea, en donde imperaba como rey absoluto por derecho de fuerza.

Las beatas, al verle pasar, se persignaban, asegurando que Mosen Garceran, cuando muriera, iría de *patillas* al infierno; y los curas, cuando le veían venir por una calle, torcian por otra, murmurando en voz baja esta frase, ahuyentadora de los malos espíritus: *Vade retro, Satanás*.

De todas estas cosas se reía nuestro hidalgo, y como era hombre rico, desocupado y rumboso, no le faltaban amigos y aun amigas, que á pesar del tufillo á azufre que despedía su cuerpo, compartieran con él las *francachelas* á que les invitaba.

Mosen Garceran, en un arranque de orgullo, de vanidad satánica, había mandado inscribir sobre la puerta de su casa solariega, este letrero: *Aquí vive un rico, que no se morirá ni de hambre, ni de sed, ni de frío*.

Aseguran las crónicas, que esta nueva insolencia, que este poco temor de Dios, quitó el sueño á más de un vecino timorato de la aldea.

Era nuestro hidalgo gran aficionado á la escopeta, y pasaba la mayor parte del tiempo persiguiendo á las perdices, con tan incansable tenacidad, que muy pocos se sentían con alientos para acompañarle en sus excursiones cinegéticas.

Por esto sin duda, Mosen Garceran cazaba sólo acompañado de su perro *barbas, de dos narices*, animal de tan buenas condiciones para la caza, como feo y repulsivo á los ojos del que contemplaba su estampa.

Le llamaban al perro *Satanás*; tenía el pelo de un color rojo sucio, los ojos amarillentos; y por la hendidura que separaba sus narices, dejaba al descubierto sus dientes y sus colmillos, dando á su cabeza un aspecto repulsivo, amenazador.

Satanás se estaba riendo siempre de un modo extraño, mientras que sus amarillentas pupilas despedían tan téticos fulgores que eran una amenaza perpetua de las pantorrillas del pueblo.

Y por cierto que no les faltaba razón á los que tenían miedo á *Satanás*, porque aquel endiablado perro ladraba poco y mordía mucho, condición temible en los animales de raza canina.

El alcalde tenía diariamente una ó dos denuncias contra el perro del hidalgo; pero rascándose el cogote, como el hombre que se halla en un grave apuro, daba *carpetazo* á las denuncias, pidiéndole á Dios, desde el fondo de su alma, que le librara de los terribles colmillos de *Satanás*.

Así las cosas, llegó un *Jueves Santo*, día de unción y religioso recogimiento para los fieles católicos.

Reinaba el más profundo silencio en la aldea; todos los vecinos, reunidos en la iglesia, se entregaban con fervor á las pláticas religiosas propias de la *Semana de Pasión*, conmemorando la bajada á la tierra del Hombre Dios, y el sublime drama que tuvo lugar en la cumbre del monte de las *Calaveras*.

Allí, arrodillados ante el ara santa, los fieles creyentes rezaban, en voz baja, el salmo del santo rey David, que comienza de este modo:

¡Sálvame ¡oh, Dios! porque las aguas han penetrado hasta mi alma.

Atollado estoy en un profundísimo cieno, sin hallar dónde afirmar el pié.

Llegué á alta mar y sumergíome la tempestad.

Mientras tanto, Mosen Garceran se hallaba solo en su casa con *Satanás*; pues todos los criados habían ido á cumplir con la Iglesia.

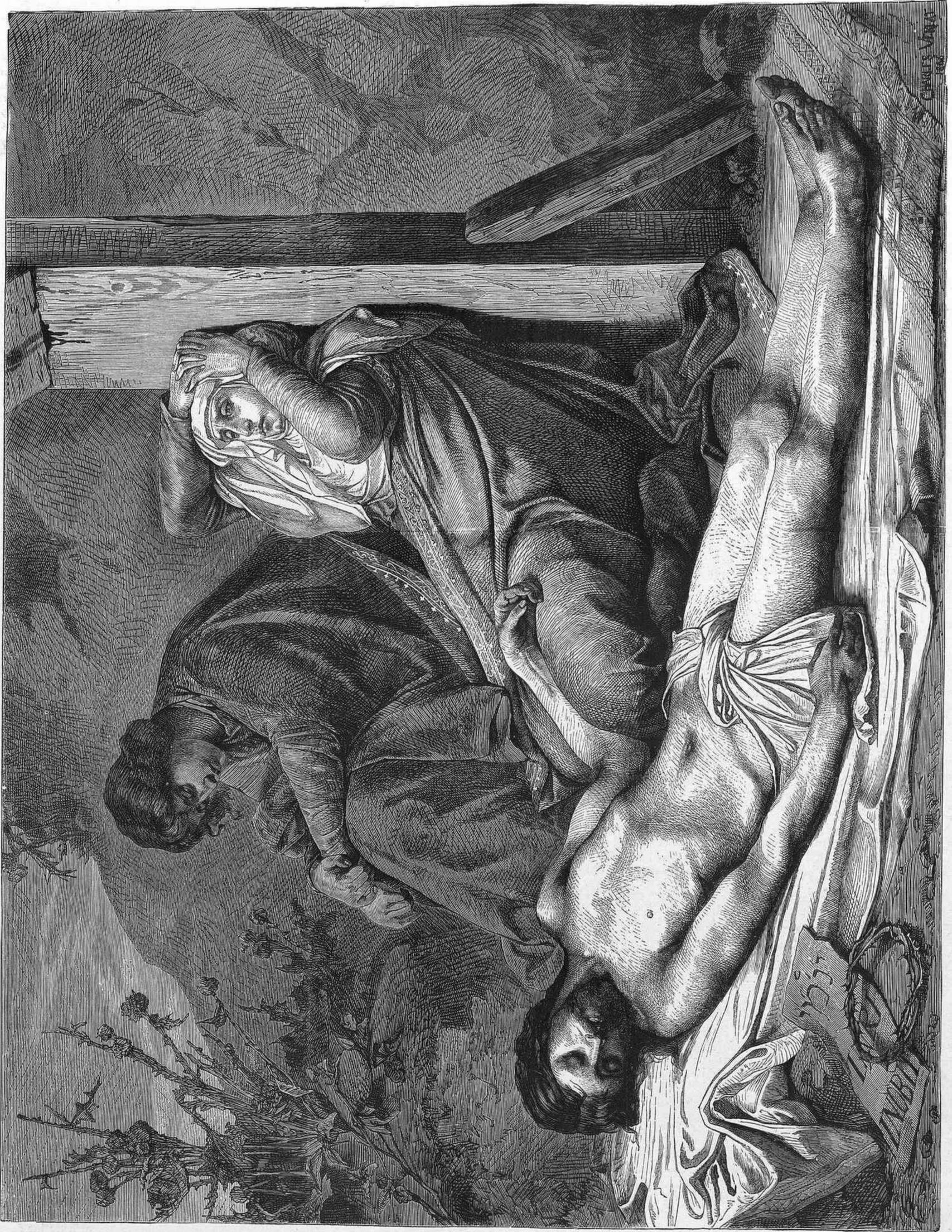
El hidalgo se paseaba por la sala, con muestras de mal humor, y de vez en cuando detenía sus paseos y miraba á su perro, que tendido sobre una piel, seguía con sus ojos todas las evoluciones de su amo.

De pronto, el hidalgo soltó una ruidosa carcajada, y dirigiéndole la palabra al perro, le dijo:

—Amigo *Satanás*, ¿no opinas que para que tu amo no se aburra, debería irse al monte á soltar cuatro escopetazos á las perdices, aunque murmuren las beatas y le excomulgue la Iglesia? Porque, la verdad es, que en estos días, que



EL MORIBUNDO, grupo escultórico por Enrique Butti



MATER DOLOROSA, cuadro por Cárlos Verlat

Dios ha muerto, según afirman los curas, debe tenerse más libertad para hacer lo que a uno le dé la gana.

El perro, como si entendiera a su amo, se levantó, se esperezó arqueando el espinazo, y lanzó un bostezo largo y prolongado.

—Puesto que estás conforme, manos a la obra—añadió el hidalgo, descolgando la escopeta y metiendo algunos fiambres en el morral.—Ni tú ni yo, somos aficionados a los ayunos y a las colaciones, y como no volveremos hasta la noche, bueno es pensar en nuestros estómagos.

Y el hidalgo, soltando otra carcajada, repuso: —Te doy mi palabra de honor, querido *Satanás*, de que si se me presenta el ciervo de San Eustaquio, con la cruz entre las *parrameras*, aunque sea *Jués Santo* le hago fuego.

Satanás: aulló de un modo tétrico, y como si se apoderara un vértigo de él, comenzó a dar saltos diabólicos en derredor de su amo, quedándose por fin parado junto a la puerta, enseñándole los dientes y moviendo los ojos con vertiginosa rapidez.

El hidalgo soltó una tercera carcajada, más ruidosa, más estridente que las anteriores diciendo:

—En verdad que eres feo, *Satanás*, y si yo creyera en el diablo, diría que se hallaba escondido debajo de tu piel.

Poco después, cuando el hidalgo salía del pueblo, con la escopeta al hombro y el perro delante, entonaba el sacerdote al pie del altar el *Gloria*, y las campanas de la torre lanzaban al viento sus melancólicos ecos que debían enmudecer hasta el *Sábado Santo*.

Aquellos ecos prolongados, como lamentos que se perdían en el espacio, parecían decirle al hidalgo cazador: «Deten tu paso, respeta el doloroso silencio de los creyentes que se agrupan al pie de los altares, y recuerda que hace diez y nueve siglos, tu Dios derramó su sangre en la cumbre del Gólgota por redimir tus pecados».

Pero Mosen Garceran continuó su camino hacia el bosque, ansioso de interrumpir con las detonaciones de su escopeta, el silencio religioso de tan santo día.

Durante dos horas, cruzó en vano la selva en todas direcciones, sin encontrar la caza apetecida.

El mal humor iba apoderándose del hidalgo, cuando de pronto su perro *Satanás* se detuvo en seco junto a una inmensa *maraña* de triste aspecto que campeaba sola en el fondo de un valle rodeado de téticos cerros.

Garceran preparó su escopeta, y mandó al perro que entrara en la *maraña*.

Satanás, al oír la voz de su amo, dió una embestida, pero pronto retrocedió lanzando aullidos, y con los pelos del espinazo erizados, como si el pánico se hubiera apoderado de él.

—¿Tienes miedo, *Satanás*?...—le gritó el hidalgo dándole una terrible patada.—Pues yo te juro que estoy tan hambriento de descargar la escopeta, que, aunque en esa mata se albergue el diablo, le haré salir mal que le pese.

Y como el perro se resistía a avanzar, Garceran penetró en la *maraña*, rompiéndose la ropa y rasgándose la carne.

Cuando el cazador se hallaba en el centro de la espesura, vió salir por el extremo opuesto, un hermoso ciervo que le arrancó un grito de gozo, y haciendo esfuerzos titánicos, salió de la espesura tronchando ramas, anhelando hacer fuego sobre la codiciada pieza.

Con gran asombro observó el hidalgo, al echarse la escopeta a la cara, que el ciervo caminaba muy despacio cojeando y sin el menor recelo.

—Está herido...—pensó el cazador—le faltan las fuerzas para correr... es mío.

Y apuntando con detención, disparó la escopeta.

Al disiparse la nube de humo producida por la pólvora que la humedad del valle hacía más compacta, Garceran vió con extrañeza que el ciervo continuaba su camino muy despacio y cojeando.

Mientras el cazador cargaba precipitadamente la escopeta, jurando y blasfemando como un condenado, el ciervo seguía pausadamente su marcha, como si le fuera indiferente el peligro que le amenazaba.

La distancia que separaba al cazador de la res, apenas llegaría a veinte metros. Era imposible que un tirador tan certero como el hidalgo Garceran, errara el segundo disparo.

Procuró serenarse, afinó la puntería y dió *gusto al dedo*, diciendo al mismo tiempo:

—Ni Dios con todo su poder te salva.

El estampido de la detonación se repitió de un modo lúgubre en cien distintos puntos. Cada roca, cada quebradura de los barrancos, exhaló un lamento quejumbroso, y el espacio se llenó de pavorosos ecos.

El humo de la pólvora fué ensanchándose poco a poco hasta convertirse en una inmensa nube de color plomizo que cubrió el horizonte envolviendo al sacrilego cazador.

Mosen Garceran abrió inmensamente los ojos, no veía más que humo en derredor suyo; el sol había perdido sus rayos, el día su luz, y la nube en vez de disiparse se hacía más densa, más impenetrable.

Aquello era extraño, incomprensible. El cazador levantó la mirada hacia el cielo, y con gran asombro, vió retratada, en la nube que se extendía sobre su cabeza, la esbelta silueta del ciervo.

Entonces, no pudo contener un grito de admiración; el ciervo continuaba su marcha por el aire, cojeando y con gran pausa.

Mosen Garceran, ya lo hemos dicho, era un hombre sereno y poco supersticioso, pero ante aquel fenómeno inexplicable, sintió que su corazón latía con violencia y que su cerebro se perturbaba.

Apartó los ojos del cielo, y se puso a cargar la escopeta con temblorosas manos.

Entonces vió delante de él, a tres pasos de distancia, a su perro *Satanás*, que sentado sobre sus patas traseras, le miraba con fosforescentes ojos, aullando y enseñándole los dientes.

—Ya lo ves, querido *Satanás*,—dijo el hidalgo con acento trémulo—el ciervo se rie de nosotros, la niebla le protege; pero yo soy terco en mis empeños y me he propuesto matarle, aunque para ello tenga que dar mi alma al diablo.

El perro abrió inmensamente la boca, lanzó un gruñido sordo, amenazador, y Garceran vió con espanto, que de los amarillentos ojos de *Satanás* brotaron dos chispas de fuego.

Al mismo tiempo, una voz agria, sobrenatural, estridente como el rechinar de dos metales que chocan con violencia, dijo:

—Acepto.

Esta voz parecía brotar del fondo de la tierra. El hidalgo retrocedía con espanto; gruesas gotas de sudor inundaron su frente, y sintió que la sangre se helaba en sus venas.

El perro *Satanás* mientras tanto continuaba mirando a su amo con fijeza, tenía los pelos del lomo erizados y de cada uno de ellos brotaba una chispa fosforescente, que se convertían, al extinguirse, en pequeñas partículas de azulado humo.

Garceran sintió miedo por la primera vez de su vida. Aquel perro le devoraba con sus ojos de fuego; sus mandíbulas chocaban produciendo un castañeteo amenazador, y temiendo sin duda un ataque brusco de aquel terrible animal, le apuntó con la escopeta, é hizo fuego.

Nuevamente volvieron a repetirse de un modo tétrico en aquellos barrancos los ecos de la detonación.

El cazador buscó a su víctima, pero el perro *Satanás* había desaparecido.

Entonces, Garceran se llevó las manos a la frente, y se dijo:

—¿Estaré soñando ó despierto?...

—Despierto—contestó la misma voz que poco antes había helado su sangre.

Garceran dejó caer la escopeta, su cuerpo temblaba, el sudor se desprendía gota a gota de su frente; se llevó las manos a los ojos, se cubrió con ellas el rostro, y falto de fuerzas para mantenerse en pie, cayó de rodillas, exhalando un gemido.

Pero este enervamiento, hijo del pánico, duró poco. El hidalgo, avergonzado de sí mismo, se levantó del suelo, y vió con inefable gozo, que la nube se había disipado y que el hermoso sol de la tarde iluminaba con sus últimos reflejos los cerros y el valle, llenándoles de suaves y poéticos tonos.

Un hombre, sentado sobre una piedra, con la escopeta sobre las rodillas y una enorme pipa en la boca, contemplaba en silencio el cadáver del perro *Satanás* que se hallaba tendido a sus pies, sobre un charco de sangre.

Mosen Garceran miró a aquel hombre a quien no conocía. Era indudablemente un cazador a juzgar por su traje y por su aspecto.

El rostro del desconocido era repulsivo, antipático, inspiraba desconfianza; tenía los ojos de un verde oscuro, excesivamente hundidos en el cráneo; los cabellos y la barba rojos y una profunda cicatriz en mitad de la frente.

Durante un momento, el desconocido permaneció contemplando al perro muerto, y aún sonriéndose de un modo que daba frío; porque, al sonreírse, enseñaba unos dientes negros, largos y repugnantes.

De pronto, levantó la cabeza, fijó sus ojos en Mosen Garceran, y con una voz que parecía salir del fondo de una caverna, dijo:

—Hola, camarada; ¡qué mal tratas a los perros, en cambio de los buenos servicios que te prestan!

—¿Y quién eres tú?...—le preguntó a su vez el hidalgo, ofendido de la franqueza de aquel hombre.

—Soy cazador.

—Yo conozco a todos los cazadores de veinte leguas a la redonda, y no recuerdo haberte visto nunca.

—Es que yo soy un cazador cosmopolita—contestó sonriéndose de un modo extraño y enseñando sus negros dientes al desconocido—pero no cazo liebres, ni perdices, ni ciervos, como tú.

—Pues ¿qué cazas entonces?...—le preguntó el hidalgo con altanería.

—Yo cazo almas, y vengo por la tuya,—contestó el desconocido, soltando una ruidosa carcajada.

CAPITULO SEGUNDO

Satanás en persona

Mosen Garceran, que, ante la pura transparencia del cielo y la vivificante luz del sol, había recobrado su varonil espíritu, miró con fijeza a que se llamaba cazador de almas, y creyendo que trataba de darle alguna broma, se fué acercando poco a poco, y le dijo, mientras cargaba la escopeta, como una precaución para lo venidero:

—¿Y te producen mucho esas cacerías de almas a que te dedicas?

—Mucho más que te ha producido a tí esta tarde el ciervo cojo, a quien no has podido meterle una bala en el cuerpo, y eso, que le has dirigido los disparos de tu escopeta, a veinte pasos de distancia. Amigo Garceran, si continuas así, tu fama de cazador perderá mucho.

Esta contestación, pronunciada con sarcástico acento

por el desconocido, mortificó el amor propio del hidalgo aragonés.

—Es que el ciervo cojo tiene indudablemente el diablo en el cuerpo—contestó Garceran con destemplado acento.

—¡Hola!... ¿Crees tú en el diablo como el vulgo?...—volvió a preguntar el desconocido.

—Yo no puedo creer en lo que no existe; la idea del infierno y sus terribles emisarios sólo cabe en los enfermos cerebros de las viejas y las beatas de mi aldea.

—Hace poco no pensabas de ese modo.

—¡Yo!... ¿Cuándo?...

—Cuando disparaste tu escopeta sobre este pobre perro, creyéndole el diablo, sólo porque te miraba con los ojos chispeantes y porque el pánico trastornaba tu cerebro.

—Lo maté porque lo creí rabioso—repuso el hidalgo, apartando los ojos de aquel hombre cuya mirada le fascinaba.

—Bah; para creer lo que me dices, necesito una prueba—repuso el hombre de la cicatriz, chupando su pipa, y despidiendo enormes bocanadas de humo.

—¿Y qué prueba es esa?...—preguntó el hidalgo con inseguro acento.

El desconocido extendió su largo y descarnado brazo hacia el fondo del valle, y dijo:

—¿Ves aquel *tollo* de piedra, que parece desde aquí el brocal de un pozo?

—Sí; me he metido en él muchas veces en tiempo del *calo* de la perdiz.

—Pues si quieres matar al ciervo cojo, y como dices, no temas al diablo, métete en aquel *tollo* y espera dentro de él la llegada de la noche. Tenemos luna llena; el ciervo irá a las ocho en punto a beber agua en el arroyo que se desliza por el fondo de ese valle, parándose a veinte pasos de distancia del cañon de tu escopeta.

—¿Y quién me asegura eso?...

—Yo.

—¿Y quién eres tú?...

—Satanás en persona; el diablo en forma de hombre,—añadió el desconocido soltando otra carcajada.

Mosen Garceran comenzaba a sospechar que todo aquello no era más que una broma pesada, que algun chusco quería jugarle en vista de su incredulidad religiosa.

El hidalgo aragonés era hombre poco sufrido; montó la llave de su escopeta, se terció el arma sobre la sangría del brazo izquierdo, cogió con la mano derecha la garganta de la culata, y puso el índice en el disparador.

El desconocido observó todas estas maniobras, que tenían algo de amenaza, con perpetua calma, sin que se conmoviera ni una sola línea de su repulsivo rostro.

—Lo que yo creo,—añadió el hidalgo,—es que en el mundo existen muchos pobres diablos, y que tú eres uno de ellos; y te advierto, que el apropiarte un papel que no te corresponde, podría costarte caro.

El desconocido se encogió de hombros, y continuó fumando y sonriéndose.

—Hace poco—dijo el hombre de la cicatriz—ofreciste tu alma al diablo si te presentaba la ocasión de matar al ciervo cojo; pero según creo, te hallas arrepentido de tu ofrecimiento... Yo te creía hombre de más palabra.

—Nunca he faltado a ella.

—¿Entonces, continúas con la idea de matar al ciervo?...—Ahora más que nunca.

El desconocido dirigió una mirada hacia el punto del horizonte por donde se hundía la majestuosa aureola del sol.

—El día agoniza,—dijo con acento cavernoso—la noche avanza; si tienes valor, como dices, si no temas al diablo, como aseguras, métete en el *tollo*; que yo te prometo, que, cuando los rayos de la luna caigan como hebras de plata sobre las transparentes aguas del arroyo, tú matarás al ciervo cojo.

—Acepto—exclamó el hidalgo con altanería.—Pero ¡ay de tí si me engañas! porque yo sabré encontrarte, aunque te ocultes el infierno; ¡ay de tí si me juegas alguna broma! porque te juro, por la salvación de mi alma, que la bala de mi escopeta se sepultará en tu cuerpo.

—Anda y confía en el diablo, que no falta nunca a su palabra.

Mosen Garceran se encaminó con paso firme hacia el *tollo* de piedra, situado a unos veinte metros del arroyo; se metió dentro de él de un salto, puso la escopeta en la *tronera*, y se sentó sobre una piedra.

El sol se había hundido por occidente; la poética luz del crepúsculo llenaba el valle y los cerros de suaves tonos, y las primeras sombras de la noche avanzaban por oriente poco a poco, ansiosas de apoderarse del imperio de las tinieblas.

El hidalgo aragonés miró por entre las juntas de las piedras que formaban el redondo *tollo*, y vió que el desconocido permanecía sentado en el mismo sitio, en la misma actitud y con la pipa en la boca.

Aquel hombre tenía la inmovilidad de una estatua, y Mosen Garceran, receloso, no apartaba de él los ojos.

Cerró la noche y el hidalgo continuaba mirando desde su *espera* al desconocido.

El valle se llenó de profundas tinieblas; y cosa extraña, aunque Garceran se encontraba a más de trescientos metros de distancia del desconocido, le veía perfectamente, como si le circundara una aureola de luz de un rojo amarillento.

—¿Será efectivamente el diablo?...—se preguntó en el fondo de su conciencia el hidalgo aragonés.

Pero como si esta duda le avergonzara, añadió:

—Imposible... Y si lo es, tanto mejor, porque así podré decir a todo el mundo que he visto al diablo y escribir en la lista de mis amigos un nombre célebre.

En este momento, la luna asomó con toda su resplandeciente grandeza por la quebradura de un barranco, extendiendo sus plateados rayos sobre las aguas del arroyo que serpenteaban en el fondo del valle.

Mosen Garceran apartó los ojos de la inmóvil figura del desconocido, para fijarlos en el majestuoso astro de la noche.

El hidalgo se estremeció bruscamente. En la cumbre del cerro había una enorme roca suspendida sobre el abismo, sitio en donde sólo las águilas podían detenerse y hacer su nido; y en esta roca, vió sentado al cazador de la cicatriz, fumando impasible su pipa.

La clara luz de la luna iluminaba perfectamente el cuerpo de aquel hombre extraño.

Garceran se pasó varias veces las manos por los ojos, como si no diera crédito á lo que veía.

Volvió á mirar; no le quedó la menor duda; allí estaba el desconocido; era el mismo hombre, tranquilo, impasible, despidiendo bocanadas de humo, y sonriéndose de un modo que oprimía el espíritu.

Entónces el hidalgo, obedeciendo á un impulso superior á su voluntad, se puso en pié, y sacó la escopeta de la tronera.

Jamás la planta del hombre había pisado aquella roca, atalaya inabordable de las águilas. ¿Cómo había llegado hasta allí, en tan pocos minutos, aquel hombre?...

Mosen Garceran se aturdió; porque el caso era verdaderamente sobrenatural; pero su asombro creció de un modo superlativo, al ver que el cazador de la cicatriz se hallaba á la vez sentado en cuatro puntos distintos; es decir, en el sitio donde le había dejado, en la roca de las águilas, y en las dos cumbres de los montes que circundaban el valle.

Garceran no pudo contener un grito de terror, de espanto; chocaron sus mandíbulas, crujieron sus huesos, se erizaron sus cabellos, y un temblor convulsivo agitó su cuerpo.

—¡Qué horrible pesadilla!...— murmuró con acobardado acento.

Entónces, para que el espanto creciera en el alma de Mosen Garceran, vió bajar por la ladera de un cerro al ciervo cojo y detenerse por fin en las orillas del arroyo.

La res inclinó la cabeza sin el menor recelo y aplicó los belfos en las aguas del arroyo.

Sus grandes y hermosas *parrameras* se dibujaron en el agua, como sobre el bruído cristal de un espejo.

Garceran vaciló un momento, pero su sangre cazadora se reanimó ante la vista del hermoso ciervo, y apuntándole su escopeta, hizo fuego.

El esbelto animal recibió el balazo en mitad de la frente, lanzó un bramido quejumbroso, y rodó sin vida, hasta el fondo del barranco.

El hidalgo lo olvidó todo, exhaló un grito de gozo, y ya se disponía á salir del *tollo* para apoderarse de su presa, cuando resonaron cuatro carcajadas que helaron la sangre de sus venas.

Al mismo tiempo, vió avanzar hácia el *tollo* los cuatro cazadores que poco ántes habían perturbado su cerebro.

Caminaban sin hacer ruido, pero dejando en pos de sí huellas de fuego y sonriéndose de un modo satánico.

Garceran se creyó perdido; cayó de rodillas, juntó las manos con beatitud, dirigió una mirada al cielo, y arrepentido de sus culpas, iba á elevar á Dios una súplica para implorar su perdón, cuando sintió caer sobre su cabeza una mano que le quemó el cráneo, y oyó una voz que le dijo, destrozando su corazón:

—Es tarde: tu alma me pertenece.

Entónces resonó en el fondo de la tierra un trueno espantoso, se tiñó la luna de color de sangre, crujieron las rocas, se estremecieron los árboles, y Mosen Garceran sintió con angustioso espanto, que el suelo del *tollo* se hundía y se hundía arrastrando su cuerpo con una rapidez vertiginosa hasta el fondo de un abismo ignorado.

Desde esta noche han trascurrido más de cien años; el *tollo* del cazador se convirtió en un pozo sin fin; cuando se arroja una piedra, tarda mucho tiempo en llegar al fondo, y entónces se oyen lamentos quejumbrosos, y aullidos



LA MATERNIDAD, dibujo por P. P. Rubens

Aunque se hallaba desorientado por la larga caminata de aquel día, confió en su natural sagacidad y en las observaciones que había hecho desde el momento en que salió de la gruta.

Esta estaba situada hácia la parte del Norte y cerca del río. Con estos indicios tenía bastante. Por fortuna, á la caída de la tarde, el Santon le había propinado un refrigerio y sólo le molestaba un tanto la sed. Buscó una fuente, manantial ó cosa parecida, y su buena estrella házole tropezar con un manso arroyuelo que entre menudas guijas corría. Abrevóse y se chapuzó en él, y una vez fresco y restaurado, emprendió su exploración.

Se alejó del bosque recelosamente, cerciorándose de que no era visto ni seguido; se orientó hácia el Norte y comenzó á andar á campo traviesa.

A veces oía rumores lejanos y veía brillar luces. En dos ocasiones oyó ruido de caballos, y se ocultó lo más posible, haciéndose un lío.

El pobre Gil ignoraba los sucesos de aquella memorable noche. Miétras caminaba, pensaba algo en el Santon, que debía estar prisionero y mucho en Petrita y Sebastian, solos en la caverna.

A las seis horas de marcha, sucedió lo que había pensado y era, que aunque de noche, debería distinguir la masa del monte destacándose de entre la oscuridad.

En efecto, un punto negro cortaba la línea del horizonte.

Desde aquel momento, Gil caminó con seguridad y en línea recta, y conforme se aproximaba, andaba más de prisa como atraído por la querencia. Pronto llegó á la falda de la eminencia, y la costeó sin vacilar, porque sabía que la entrada de la caverna estaba hácia el lado del río.

Gil, en la prevision de lo que pudiera suceder, se había fijado mucho en los lugares, cuando salió en compañía del Santon.

No tardó en hallar la subida oculta; pero al empezar su ascension, se detuvo sobresaltado. Hácia la parte opuesta, esto es, por el lado de la llanura, oía rumores que el pobre jóven no podía explicarse.

Vaciló, pero pensó con razon que esto era un motivo más de refugiarse en la cueva, motivo tanto más poderoso por cuanto ya empezaba á diseñarse el día.

Trepó por entre las malezas, y no sin gran dificultad pudo encontrar la piedra que tapaba el agujero de entrada. Una vez encontrada, le fué fácil moverla, porque segun había observado al salir, giraba sobre un cilindro elevado sobre cuatro hierros en cruz.

Puso el pié en los primeros toscos escalones que servian para el descenso, y al ir á cerrar la entrada, por más precaucion, se le ocurrió un pensamiento inquietante:

¿Habria luz en la caverna?

Pero supuso que sí; teniendo provision de teas, Sebastian y Petrita no estarian á oscuras.

Cerró, pues, el agujero, haciendo girar la piedra, y bajó. Con efecto, el antro, aunque no muy bien, estaba alumbrado.

Gil se adelantó precavidamente con el oído atento, pero no percibía ningun rumor. En la parte opuesta brillaban dos teas encendidas.

Aquel silencio sepulcral no sorprendió al recién llegado; pues supuso que á aquellas horas sus compañeros estarian durmiendo.

¡Durmiendo, ah!

Avanzó poco á poco hácia donde estaban las teas; la opaca y humosa luz de estas no alumbraba lo suficiente: los objetos parecian vagamente confusos.

Por no despertarlos si dormian, y tal vez por otro motivo, Gil no quiso llamar á sus amigos.

Fué adelantando. En un rincon, junto al muro, creyó distinguir dos bultos tendidos en el suelo. ¿Serian Petrita y Sebastian?

Se aproximó: eran ellos, eran ellos que dormian apaciblemente, el uno junto al otro, demasiado juntos.

Sebastian con su blusa y con su larga faja liadas había improvisado una almohada, y sobre ésta reposaban su cabeza y la de Petrita, tan juntas, que sus alientos debian confundirse. Gil les miró desalentado; aquello tenia un aspecto de alcoba nupcial, sin que faltasen las antorchas de himeneo.

de perros que amedrentan el espíritu de los sencillos habitantes de la aldea.

La tradicion asegura que por aquel pozo bajó al infierno el sacrilego hidalgo Mosen Garceran, y hay muchos pastores que afirman, que el ciervo cojo va al arroyo á beber agua todas las noches de *Juêves Santo*, pero las vías férreas y el telégrafo eléctrico se han encargado de que enmudezca para siempre *El Pozo de los lamentos*.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

LA CAVERNA DE LA MUERTE

POR DON F. MORENO GODINO

(Conclusion)

XIV

El mayor monstruo, los celos

¿Qué había sido de Masrú (a) Gil (a) El ardilla?

Al ver acercarse á los jinetes negros, corrió á refugiarse en el bosque de los castaños, y una vez allí, viendo que no era perseguido, se detuvo á descansar y á reflexionar.

Era ya de noche y la oscuridad era completa.

Lo primero que hizo fué desembarazarse de su traje de hijo de Arimanes, que le estorbaba.

Despues se internó, por más precaucion, en la espesura y se sentó en el tronco de un árbol caido.

Su deseo era volver á la caverna, al lado de sus compatriotas y amigos, y resolvió hacerlo inmediatamente.

El pobre jóven exhaló un gemido; el dragon de los celos le devoraba el corazón. Miraba á los durmientes y luégo extraviadamente hácia todas partes.

Le zumbaba la cabeza; los objetos que le rodeaban se hacian móviles á sus ojos, parecía que oía rumores en el techo de la gruta.

Mil pensamientos distintos cruzaban por su cerebro delirante, pensamientos de venganza y de concupiscencia.

Dentro de él se habian encerrado Omazor y Arimanes y luchaban á muerte. ¿Quién vencería?

Gil, sin conciencia de sus actos, se separó de la feliz pareja, tomó una tea y empezó á andar por todas partes; los grandes dolores necesitan de movimiento.

Recorria la cueva, parecía el genio de aquel antro inspeccionando sus dominios.

Llegó á un sitio en que aquella estrechaba, formando como una pieza aparte, y al ir á entrar casi corriendo tropezó en una dura rama que salia del muro y se dió un violento golpe en la cabeza.

Vaciló atontado, cayó al suelo y dejó caer la tea, que quedó encendida....

Brilló un foco de luz, luégo se produjo un ruido como un chisporroteo y despues...

XV

El trueno gordo

—¡Joló, Joló, Joló: serás libre de tu tirano!

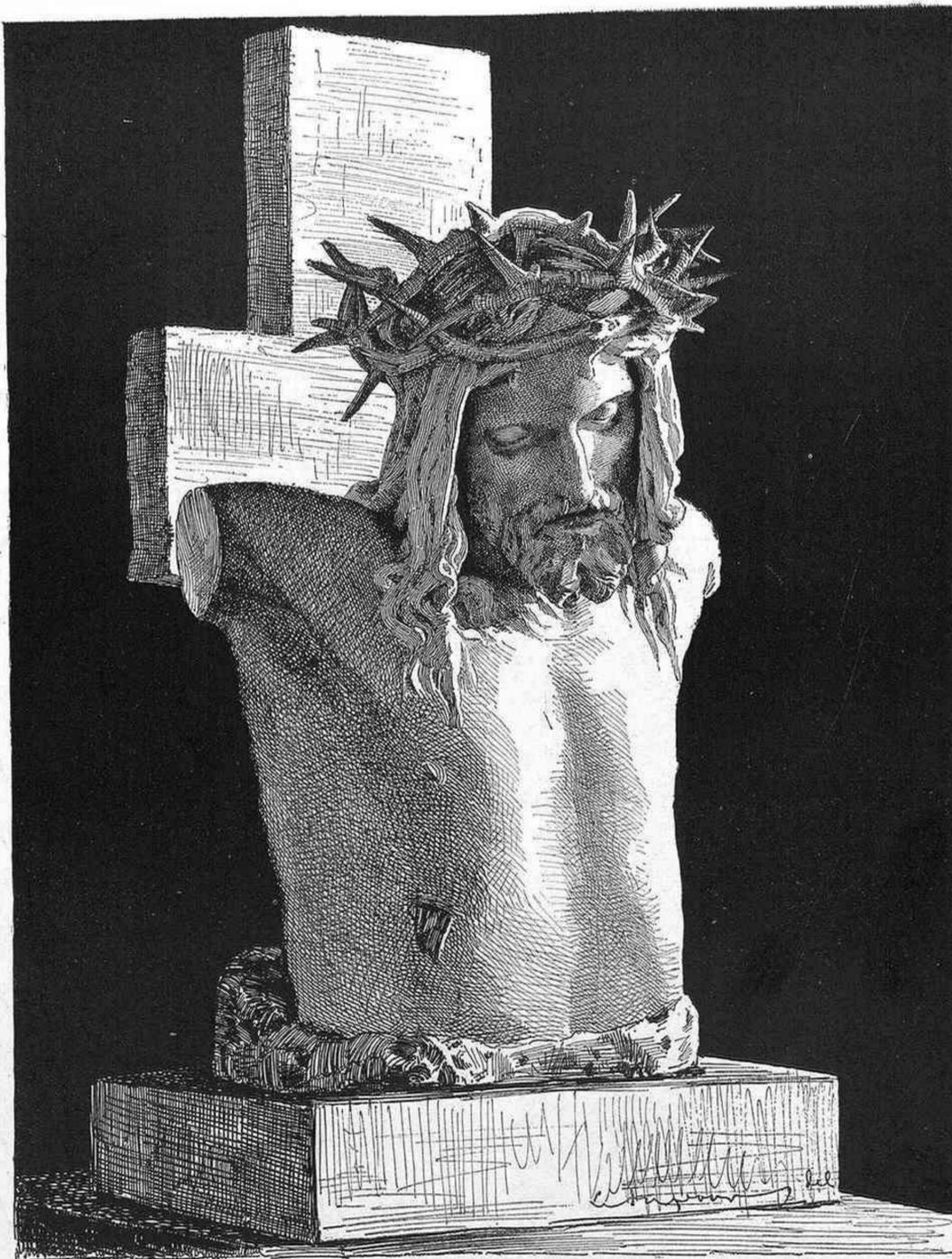
Todo el mundo oyó esta exclamacion del derviche.

El Sultan que se hallaba en la meseta del monte, sentado á la oriental con las piernas cruzadas, se puso en pié pálido de ira, é hizo la señal para la ejecucion del suplicio.

Los espectadores sintieron un escalofrío general.

Cada uno de los sayones cogió por el brazo á cada uno de los condenados.

La leña de la pira sonaba al



JESUCRISTO, escultura por Francisco Rude

quemarse y las llamas oscilaban como erguidas serpientes de fuego.

En el instante en que la primera víctima, esto es, la hechicera que habia escupido al Sultan y que por su debilidad opuso menor resistencia, iba á ser arrojada á la hoguera, oyóse un ruido espantoso, una detonacion terrible, como al volar una mina ó al dispararse diez baterías de cañones á un mismo tiempo.

La multitud lanzó un grito unánime de terror; el monte contiguo á la explanada se habia abierto, arrojando llamas, humo y montones de pedernales; el Sultan y cuantos le acompañaban habian desaparecido ó hundídose en las entrañas de la tierra.

El pueblo se agitó, exclamando: «¡Castigo, castigo!» los sicarios soltaron á sus víctimas, los que llevaban armas las sacaron á relucir, los soldados se desbandaron, la turba invadió la explanada y deshizo la hoguera, y el derviche fué exaltado en hombros de muchos devotes que gritaban:

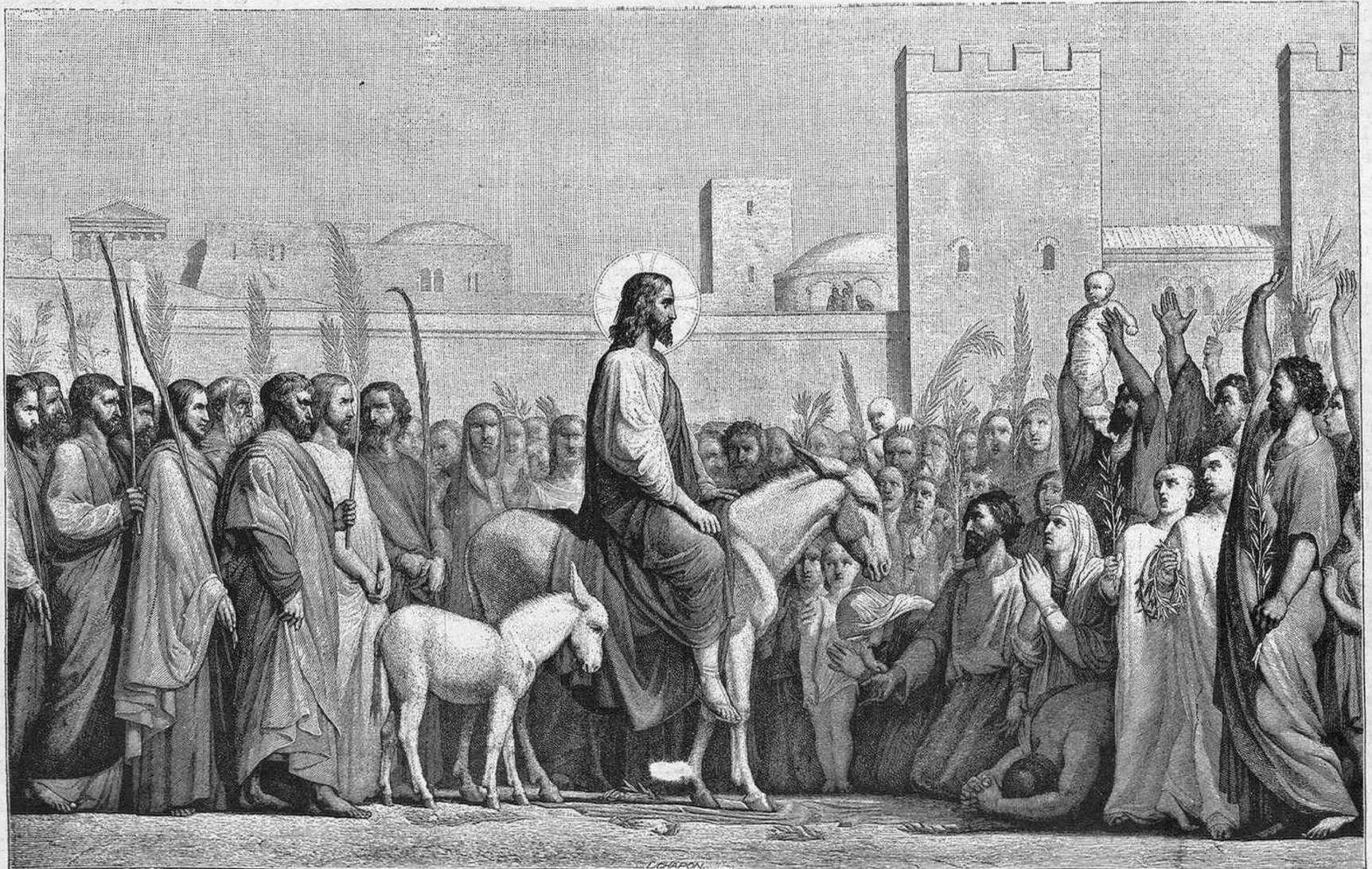
—¡Es el Santon de los siete cielos!

Se buscó al Sultan entre los escombros del monte trasformado en una sima, y se halló su cuerpo destrozado en la ribera del rio. Antes, los adeptos del *Diaol* tuvieron cuidado de completar los efectos de la voladura, haciendo desaparecer los rastros de la pólvora, que hubieran podido explicar las causas del milagro.

El príncipe Ali-Kark fué proclamado Sultan de Joló, y aunque dominado por la teocracia, se le consideró como á soberano más aceptable que su padre; sobre todo por parte de los españoles; pues fué el primero que rindió pleito homenaje á S. M. C. la reina de España.

Si se sabe algo de Petrita y de sus dos amantes, me avisan ustedes.

F. MORENO Y GODINO



EL DOMINGO DE RAMOS, fresco por Flandrin

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON